

Autor: Abilio Ayuso
**LA ISLA
DE LOS MONOS**

Ilustrador Ronny Bravo



¿Existe vida inteligente fuera de nuestro planeta?,
si es así ¿porque no se ha conseguido hasta la fecha captar el mas mínimo
mensaje o emisión mediante las enormes antenas que escrutan permanentemente
todo el espectro de ondas de radio?. Este relato nos proporciona la respuesta.

TP

Cuando cumplí catorce años, mis padres decidieron que era un buen momento para que conociera la tierra de mis antepasados, y sobre todo tomara contacto con unas condiciones de vida radicalmente opuestas a las que teníamos en la gran ciudad, más duras, pero al mismo tiempo más naturales y saludables.

Aprovechando que mis tíos todavía habitaban en la pequeña aldea de nuestros orígenes, me enviaron a pasar con ellos los tres meses de vacaciones escolares, con la idea de que compartiera las tareas del campo y su estilo de vida.

Allí la modernidad era como un eco lejano, se sabía que existía, pero no había modificado gran cosa las costumbres de aquel lugar remoto.

Uno de los motivos, era la falta de comunicaciones, el camino que subía por el desfiladero para atravesar el puerto de montaña, era apenas transitable por las mulas, y en invierno, cuando la nieve cerraba el paso, quedaban durante meses completamente aislados.

Tuve suerte de que mis tíos no vieran la necesidad de que durante mi estancia me formara como agricultor y ganadero para luego volver a vivir en Barcelona, así que me dejaron libertad de participar en las tareas cuando me apetecía, y campar a mis anchas el resto del tiempo.

A pesar de que el siglo veinte estaba finalizando, la electricidad no había llegado hasta aquel rincón perdido, así que, sin radio ni televisión, la costumbre era comenzar la cena con el ocaso, y continuar la sobremesa conversando a la luz de los candiles.

Fue en una de esas conversaciones cuando comencé a oír hablar de Tomás, el ermitaño. Cuando mis tíos tenían alguna duda acerca de si llovería o no, o que hacer para que se curara la vaca. Si no llegaban a una conclusión clara, mi tío decía: “Mañana subiré y le preguntaré a Tomás, así saldremos de dudas”.

Finalmente la curiosidad me venció, y acabé indagando acerca de aquel personaje. La respuesta fue clara, era un ermitaño que hace muchos años se había instalado en una cueva, en un punto de la montaña de difícil acceso.

Nadie sabía de donde había venido, ni porque, pero una cosa estaba clara, lo sabía todo, podía responder a cualquier pregunta honesta que fuera realizada con buen fin. No se le podía mentir, porque veía el alma de las personas. La condición para subir a preguntarle era llevarle con buena voluntad, algo obtenido con tu esfuerzo. No aceptaba animales, ni vivos ni muertos, ni siquiera unos simples caracoles, pero si leche y huevos.

Uno de los días en que había subido para ayudar a mi tío, durante el breve descanso después de la comida, volví a sacar el tema: “Tío, ¿tu crees que realmente Tomás lo sabe todo?”.

“Verás, yo pienso que es un hombre tan santo, que de alguna manera está en contacto con Dios, y está claro que Dios lo sabe todo”.

“Vale, y si lo sabe todo, ¿no se te ha ocurrido nunca preguntarle algo realmente importante?”.

“¿Cómo que?”.

“Pues por ejemplo, si hay habitantes en otros planetas con civilizaciones más avanzadas que la nuestra”.

“¿Y eso tu lo consideras importante?”.

“Claro que sí”,

“¿Importante para quién?, ¿piensas tu que si me dice que en aquella estrella distante hay seres extraordinarios, que viven en ciudades de luz y viajan en sus maravillosas naves por todo el universo, va a cambiar algo mi vida?. Eso no me ayudará a curar el ganado enfermo, ni a evitar que se me pierda la cosecha, más bien al contrario, de saberlo, tal vez tendría la cabeza en cosas que no me afectan, en lugar de vigilar que el lobo no me robe un cordero”.

Contemplado desde su punto de vista, mi tío tenía razón, pero yo no tenía ganado ni cosechas, yo era un estudiante y para mí, si que podía resultar importante obtener esas respuestas. Tomé la decisión, iría a consultarle.

Mi primer paso fue preguntar que cuidados necesitaban los manzanos, porque, ya que yo comía manzanas, de vez en cuando, podía colaborar en su mantenimiento.

No era gran cosa, airear la tierra, regar si hacía días que no llovía, quitar la fruta mala y dársela a los cerdos... Dije que yo me encargaría de hacerlo y a mis tíos les pareció estupendo.

El paso siguiente fue no comer el par de manzanas que acostumbraba a tomar a lo largo del día.

Pasada una semana consideré que por lo menos una docena de aquellos frutos podían considerarse de mi propiedad, o por lo menos conseguidas con mi trabajo.

Por otro lado me esforcé en confeccionar un canastillo de mimbre, tal como mis primas me habían enseñado, lo hice sin ayuda de nadie. Al acabar, me dí cuenta de que no era el mejor canastillo del mundo, pero ¡que demonios!, serviría para llevar una docena de manzanas y lo había creado con mi propio esfuerzo.

Por la mañana temprano, dije a mis tíos que iba a pasear, tomé mi aborto de cesto, lo llené con la mejor docena de manzanas que pude hallar, y subí por el arisco sendero que sabía que conducía a la cueva en cuestión.

Alcancé a verlo al doblar un recodo de la abrupta senda. Aunque iba mentalizado para mi misión, no por ello dejó de impresionarme. Se hallaba sentado sobre una roca plana a la entrada de su cueva, las piernas cruzadas al estilo oriental, su larguísima barba y cabellos blancos, le daban aspecto de tener muchísimos años, pero sin embargo su semblante no se encontraba ajado ni decrepito, su ropaje era una especie de túnica de arpillera, atada con un cordón a la cintura. Los árboles asentados en el risco superior, dejaban pasar algunos rayos de sol, que al incidir sobre su figura le daban un aire místico sobrecogedor.

Acabé de subir la senda con profundo respeto, como si me hallara en mitad de una ceremonia en el interior de una catedral gótica. A pesar de que se encontraba prácticamente de espaldas con respecto a la senda, estoy seguro de que era plenamente consciente de mi presencia, hecho que pronto me confirmó, al decirme con voz firme pero amable: “Ven muchacho, siéntate en esta piedra delante mío”.

Mi cerebro trabajaba con toda celeridad, pero de una forma estéril, como el ratoncillo que corre dentro de la rueda en su jaula. Suponía que a pesar de mis pasos comedidos me habría oído, ¿pero como sabía que era un muchacho, y no un hombre de mediana edad, o una mujer?.

Aun estaba formulando esta pregunta en mi pensamiento cuando la respuesta llegó de sus labios: “Mi oído ya no es muy bueno, pero mi mente llega a todas partes. Pero dime muchacho ¿Qué te trae por aquí?”.

Al verle tan amable y con un rostro que reflejaba una gran bondad, perdí parte de mi timidez, y me atreví a decir: “Buenos días Don Tomás”.

“El Don sobra, Tomás a secas”.

“Perdone pues Tomás, yo... le he traído estas manzanas”, dije alargando el cestillo, temeroso de que se deshiciera antes de llegar a su destino.

Lo tomó con una sonrisa situándolo al pie de sus piernas cruzadas, lo contempló, y para mi satisfacción respondió: “Lo acepto de buen grado,

porque veo que lo has conseguido plenamente con tu esfuerzo. Y aparte de este generoso presente, ¿tiene tu visita algún otro motivo?”.

Casi me quedé sin habla, porque mientras esto decía, una ardilla había descendido de un árbol, y pasando por encima de sus piernas, se había situado sobre el cesto, comenzando a roer una manzana, el ermitaño pasó delicadamente dos dedos por el lomo del animal, que siguió comiendo sin inmutarse como si se tratara de un perrillo doméstico.

Recuperé mi aplomo pensando en la importancia de la misión que me había conducido hasta allí, y solté algo precipitadamente: “Verá... yo quisiera saber si existe vida en otros planetas, y si es vida inteligente, y si están más avanzados que nosotros, y si han venido alguna vez a la Tierra, y si van a volver... todo eso”, callé y me quedé expectante aguardando su respuesta, como perro que espera un chuletón.

Al cabo de unos segundos me contestó: “Verás muchacho, no creas que todo el mundo está preparado para escuchar cualquier contestación, hay preguntas como esta, que solo el hecho de que alguien las haga, ya denota que no está listo aun para asimilar la respuesta”.

Imagino que debió percibir mi decepción porque acto seguido me dijo: “Sin embargo, no quiero que te vayas de vacío, así que te voy a explicar algo muy interesante, que es de este mundo, pero que aparte de mí, vas a ser la primera persona en saberlo”.

No se porque me vino a la mente aquella frase del filosofo Rabindranath Tagore: “Si lloras por la luz del sol perdida, las lágrimas te impedirán contemplar la belleza de las estrellas”, y me dispuse a escuchar con todos mis sentidos puestos en ello.

Relato del santón:

Hace unos tres siglos, existía la isla de Sandy en el mar de coral al este de Australia, apartada de todas las rutas de navegación. Era una pequeña isla, no muy diferente a las otras que la rodeaban, salvo un detalle: En ella habitaba una raza de monos, endémica, es decir que no existía en ningún otro lugar.

Eran más avanzados que nuestros actuales orangutanes o chimpancés, pero no llegaban a la categoría de humanos, aunque les faltara bien poco.

Habían desarrollado un rudimentario lenguaje a base de ruidos y gestos, y utilizaban instrumentos simples como piedras o garrotes.

Después de muchas generaciones, los más sesudos entre ellos habían llegado a serias e indiscutibles conclusiones, que se iban explicando de padres a hijos:

Ellos eran el pináculo de la creación, la obra cumbre del universo, pero como aquello no encajaba con fenómenos como las tempestades de rayos que los aterrorizaban, inventaron la figura del Dios Mono, creador de todo lo visible e invisible que había hecho el universo solo para que ellos lo habitaran. Ellos eran sus hijos amados, creados a su imagen y semejanza, y únicamente cuando se enojaba estallaban los fenómenos naturales.

En ningún otro lugar de todo el universo existía la vida, y mucho menos la vida inteligente como la que allí reinaba. Las islas que se veían a lo lejos eran solo rocas estériles, y la distancia entre dichas islas y la suya era insalvable, lo cual demostraron científicamente de la siguiente forma: Situaron un par de los monos más fuertes sobre un enorme tronco, en el extremo de una bahía, y les mandaron atravesarla remando con toda la fuerza de sus manos. Llegaron exhaustos a la otra orilla, casi a la puesta de sol.

Quedó demostrado: Aquella era la forma más rápida posible de viajar sobre el agua, porque un tronco más pequeño, más fácil de mover, no hubiera soportado su peso, ni siquiera aquel tronco hubiera flotado bien con un tercer remero. Por tanto, alguien que intentara viajar a una isla moriría antes de haber realizado la cuarta parte del camino.

En raras ocasiones, veían a lo lejos extraños troncos de tamaño gigantesco, que parecían estar huecos, porque flotaba una gran parte de ellos, se movían con rapidez inusual, y llevaban encima una especie de nubes blancas cuadradas. Los científicos lo tenían claro, no eran más que fenómenos naturales, restos de tormentas que habían juntado trozos de bosques y nubes.

En alguna ocasión se decía que alguno de aquellos troncos huecos se había acercado a la isla, y que de él habían descendido seres parecidos a ellos, pero que en lugar de pelo llevaban el cuerpo recubierto con pieles, metales y otros elementos desconocidos, y que blandían garrotes de trueno y fuego. El tema quedó distribuido en dos grupos absolutamente desconectados:

Respecto a los avistamientos antiguos, divisados hace muchas generaciones, y por tanto sin verificación posible, según los sacerdotes, eran los servidores del Dios Mono, armados con el trueno y el fuego, que venían a verificar el comportamiento de sus amados hijos, y castigarles si era necesario.

Los avistamientos recientes, realizados por individuos que aun vivían, eran, según los científicos, producto de mentes enfermas, o provocados por haber comido algún hongo venenoso. Todo aquel que afirmaba haber visto algo semejante, era objeto de burla y escarnio por parte de toda la sociedad, por lo tanto en la mayoría de los casos nadie lo mencionaba por miedo al ridículo.

Tanto los sacerdotes del Dios Mono como los científicos, eran una élite privilegiada que disponían de más recursos que el resto de los monos.

Como los rumores de avistamientos de seres procedentes de otras islas, crecía entre los monos de humilde condición, un día los científicos comunicaron que: De una vez por todas, desvelarían el misterio de la existencia o no, de vida extrainsular.

Para ello utilizarían la más moderna tecnología en comunicaciones: Consistía en un tronco vaciado y colocado sobre dos piedras que al ser golpeado con dos enormes garrotes, producía un sonido que podía escucharse en toda la isla. Los escuchadores estaban provistos de una especie de embudo fabricado con grandes hojas que aplicaban sobre sus orejas.

El lenguaje era muy claro, un golpe lento y grave y dos rápidos más agudos, era la pregunta: ¿Cómo va todo?, las respuestas eran: Una sucesión de golpes lentos equivalía a: todo va bien. Pero una serie de golpes rápidos era: Hay un problema o un peligro.

En lo alto de un acantilado, frente a la isla más cercana, se situó el mayor tronco hueco visto hasta entonces. Un grupo de monos fuertes golpeaba a intervalos la pregunta, luego guardaban silencio, mientras que los escuchadores, armados con gigantescos embudos aplicados a sus orejas, escuchaban como si en ello les fuera la vida.

A partir de entonces, los científicos sentenciaron que estaba demostrado que no existía vida civilizada fuera de la isla, porque se había utilizando la más moderna tecnología en comunicaciones, sin que nadie contestara, Si realmente hubiera otra raza inteligente fuera, hubieran respondido.

En este punto no resistí la tentación de preguntar: “¿Pero, y más adelante, cuando hubo barcos modernos y aviones que llegaban a todas partes?”

El ermitaño sonrió y dijo: “No hubo ocasión, poco después, un terremoto localizado en aquel lugar, sumergió la isla entera en lo profundo del océano, solo algunos pájaros pudieron sobrevivir volando a otras islas. Si miras mapas antiguos, aunque solo tengan diez años, la encontrarás

dibujada en ellos, pero en la actualidad los cartógrafos se han dado cuenta cotejando con fotos efectuadas mediante satélite, de que no existe, lo han achacado a un antiguo error y la han borrado de los mapas”.

“Lástima de terremoto, porque sino, que sorpresa se hubieran llevado aquellos monos al tomar contacto con nuestra civilización”.

“No estés tan seguro, algo que rompía con sus todos sus valores, tanto los antiguos, como los modernos, hubiera sido un trauma para ellos, además del conocimiento de que no eran el pináculo de la creación, y que en cualquier rincón del mundo había civilizaciones muy superiores a la suya. Muchos se hubieran suicidado, o deprimido hasta el extremo de morir, otros se hubieran enfrentado furiosamente a los diablos invasores y hubieran sido exterminados con unos simples fusiles, y si sobrevivía alguno hubiera acabado en un zoológico. Tal vez haya sido mejor así, que hayan perecido de repente sin saber como”.

“Es cierto, tal vez haya sido lo mejor”.

Me despedí del ermitaño, y descendí pensativo. Al llegar a la aldea encontré a mi tío trabajando en el huerto, me preguntó que tal el paseo y no me hice de rogar, le expliqué que a pesar de que el ermitaño no había respondido mi pregunta, me había relatado una historia muy interesante.

La replica de mi tío me dejó muy sorprendido, me dijo: “Estás completamente equivocado, si una pregunta tiene mala fe, o dudosa intención, no responde ni una sola palabra, pero si no es así, siempre contesta a lo que se le pregunta. Así que piensa bien en todo lo que te ha dicho, que seguro que aunque sea de una forma indirecta ha respondido tu cuestión”.

Desde mi regreso a la ciudad he estado dando vueltas a la historia del ermitaño, y hasta no haber llegado a una cierta madurez no he podido comprender la respuesta.

El santo la dejó en mí como un embrión, para que se desarrollara con la edad, y llegara a mi mente en el momento en que yo estuviera capacitado para comprender.

¿Y tu lector, has comprendido la respuesta del santo, o tendrás que madurarla durante años?.

FIN...